

BIBLIOTECA HERDER

ROBERTO ESPOSITO

LOS ROSTROS
DEL ADVERSARIO

EL ENIGMA DE LA LUCHA
CON EL ÁNGEL

Traducción de
Antoni Martínez Riu

Herder

Título original: I volti dell'Avversario
Traducción: Antoni Martínez Riu
Diseño de la cubierta: Herder

© 2024 Giulio Einaudi editore s.p.a., Turín
© 2025, Herder Editorial, S.L., Barcelona

ISBN: 978-84-254-5238-3

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

Imprenta:
Depósito legal: B-xxxxx-2025

Impreso en España – Printed in Spain

Herder
www.herdereditorial.com

ÍNDICE

PREFACIO	7
1. EL ENIGMA	17
2. EL LECTOR	35
3. LOS GEMELOS	53
4. EL ENGAÑO	67
5. EL DUELO	85
6. LA PARED	103
7. EL ÁNGEL	115
8. EL DEMONIO	129
9. EL ENEMIGO	145
10. LA SOMBRA	155
GLOSAS	167

PREFACIO

¿Por qué dedicar un libro a diez versículos de la Biblia, los que cuentan la lucha del patriarca Jacob con un desconocido a la orilla de un río? Pero la pregunta debería rectificarse. El objeto de las páginas que siguen no son propiamente los versículos 32, 23-33 del Génesis —no habría tenido para ello las competencias lingüísticas, teológicas o exegéticas—, sino más bien su extraordinaria irradiación en la tradición cultural de los dos últimos siglos en el terreno filosófico, literario, artístico, político o psicoanalítico. En poquísimos otros casos un episodio, oscuro en su génesis y plurívoco en su significado, ha movilizadado tanta cantidad de interpretaciones, revisitaciones, creaciones, durante tanto tiempo y en lenguajes tan diferentes. Pero, sobre todo, también fuera de estos casos, se dirige directamente a cualquiera que lo lea, interpelándolo personalmente, sin mediaciones de otros. No es necesario ser especialista de exégesis bíblica o de cultura hebraica para sentirse impresionados y, en cierto sentido, desafiados por aquel breve texto. En un último análisis no cuenta tanto lo que significa de por sí, dado que el acceso a su sentido último sigue cerrado, como lo que significa para quien se enfrenta él y los efectos que produce en su experiencia, no solo cultural.

Esto explica la elección de aquellos versículos y de su tema —la lucha del protagonista con un misterioso adver-

sario de quien no es clara la identidad, la procedencia ni la motivación, pero que todo hace pensar que puede no venir del exterior, sino de su fondo inconsciente, hasta entonces reprimido y proyectado fuera de sí—. Como veremos más adelante, el episodio del que se habla, no preparado por nada que lo anuncie, irrumpe literalmente en el ciclo del Génesis, determinando una suspensión, una fractura inesperada. Irreducibles a cualquier interpretación compartida, surgidos de un estrato profundo y remoto del relato bíblico, aquellos versículos constituyen una pausa con respecto a lo que los precede. En ellos el texto aparece como inmovilizado en una especie de síncope del sentido, para luego partir de nuevo hacia una dirección imprevista, que no deriva de eventos anteriores. Se trata de un paréntesis, casi de un fuera de texto, en torno al cual, sin embargo, la escritura bíblica gira, retomando energía narrativa y confiriendo al protagonista una personalidad distinta que lo constituirá en fundador del pueblo hebreo. De todo esto, de las diferentes hipótesis interpretativas de su irreducible conflictividad, relativas sobre todo a la configuración del Adversario, se tratará en los capítulos que siguen. Pero queda la ruptura destinada a cambiar para siempre las cosas, como la herida que el Extranjero —quienquiera que sea— inflige de forma indeleble en el cuerpo de Jacob y de toda la narración. Una herida por la que el lector —y, por lo tanto, el autor de este libro— se siente interrogado y obligado a responder.

Ese desplazamiento de plano —de la escritura al lector— lleva a una segunda consideración. ¿Qué relación tienen estas páginas con mi trabajo precedente? Naturalmente, se pueden trazar elementos de contigüidad a partir del paradigma del conflicto. La colocación del Adversario

Prefacio

en el centro del análisis, que constituye el dato personal de esta interpretación, no deja de tener relación con eso. Por no hablar de los autores, filósofos y literatos convocados —sobre todo en las glosas finales—, presentes desde hace tiempo en mis textos. Sin embargo, esto no determina una verdadera continuidad con los otros libros míos. Al contrario, una cierta discontinuidad. Este ensayo inserta un pasaje heterogéneo, un descarte temático, léxico, tonal —una rotura— en su sucesión. O, por lo menos, una desviación que expone mi labor a la prueba de la alteridad, de la alteración. Es en el espacio en blanco, o en la fractura interna, donde una investigación se distancia críticamente respecto de sí misma o, más claramente, donde abre un conflicto con los propios presupuestos, sin necesariamente romper los puentes con la inspiración originaria.

Precisamente por esas razones no he llegado a interrogar aquellos versículos de la Biblia a lo largo del hilo de un razonamiento desarrollado en el tiempo. Ni tampoco al compás de acontecimientos recientes. Cuando estalló la guerra en Palestina, del todo imprevisible, al menos en las formas que ha asumido, el libro estaba ya en su fase final. Aunque es innegable una cierta resonancia entre todo lo sucedido y el ataque, del que se habla en el Génesis, sufrido por un hombre llamado «Israel». Volveré sobre el tema, inevitable, del enemigo histórico, y también «metafísico» de Israel —un enemigo no de tres décadas o tres siglos, sino de tres milenios—. Como decía, sin embargo, el libro, o por lo menos su primer núcleo, nació en otra parte. Justamente en la iglesia de Saint-Sulpice en París, donde, en una pared de la Chapelle des Saints-Anges, hay pintado al fresco el cuadro más famoso de la Lucha a manos de

Eugène Delacroix. Durante casi treinta años, cada vez que he estado en París, he ido a verlo, como en una especie de cita secreta, atraído, más que por la imagen espléndida, por la transfiguración que me parecían experimentar ambos personajes atrapados en la lucha —sobre todo el adversario de Jacob, canónicamente representado, también por Delacroix, como un ángel—. Pero que, en el transcurso del tiempo, y por las infinitas interpretaciones teológicas, literarias, artísticas a que ha estado sometido, ha ido cambiando continuamente sus connotaciones, asumiendo las de un hombre y su sombra, de Dios y de Satán, del enemigo y del amante, hasta disolverse en el perfil impersonal e inescrutable de una Adversidad de contornos indefinidos y, sin embargo, amenazantes.

La misma lucha, en cada visita, cambiaba de forma ante mis propios ojos, transcurriendo, casi sin solución de continuidad, del enfrentamiento al encuentro, al abrazo, incluso a la danza. Pero sin que nunca desapareciera el elemento violento, el golpe contundente, que el Desconocido lanzaba hacia el agredido. Es notable, tanto en el cuadro como en el texto bíblico, la intensidad de un impacto nocturno entre dos seres que luchan sin porqué, hasta el alba y quizá también más allá, hasta el final de los días. Puesto que nunca habrá un tiempo humano reconciliado, exterior o posterior al conflicto, con el otro y consigo mismo. De aquí la triple pregunta sobre la identidad del Adversario, el carácter de la Lucha y su resultado final —¿quién vence y quién pierde?—. En cuanto al primer interrogante, existe un empalagoso lugar común según el cual, para urbanizar un conflicto de otro modo destructor, se debería transformar al enemigo en adversario. Solo la ignorancia difusa del significado origina-

Prefacio

rio de las palabras puede justificar semejante receta. Sostener que el término «adversario» es menos intenso que el de «enemigo», siendo el primero privado y el segundo público, no tiene en absoluto sentido. Basta pensar que, si fuera así, difícilmente una tradición milenaria habría llamado con el nombre de «Adversario» al diablo. Pero, en este caso, no se trata del príncipe de las tinieblas, sino de «Satanás», en el sentido que el hebreo veterotestamentario daba a este término: aquel que se enfrenta, oponiéndose, al Obstáculo o lo Adverso que se opone a la acción del sujeto. De aquí la Lucha, pero también algo que va más allá de ella, traduciendo en todas las formas de la relación —choque, encuentro, confrontación— en el punto incandescente en que *polemós* y *éros* parecen misteriosamente entrecruzar sus contornos. Aunque pueda provocar la muerte, aquella lucha no puede no atraer la vida: aun antes de que pueda delinearse el perfil de los luchadores, la tensión los mantiene en vida. Por eso no puede acabar, ni mucho menos tener un resultado —un vencedor y un vencido—. Y, de hecho, los versículos bíblicos asignan la victoria primero a uno y después al otro, volviéndolos en cierto sentido intercambiables, haciendo del uno el adversario del otro, dando a ambos el rostro del Adversario.

Este carácter de irresoluble —un nudo de cuestiones candentes— es lo que me impactó desde el inicio. Ciertamente, entre las visitas a Saint-Sulpice y la redacción material del libro, el camino ha sido largo y no lineal. Como siempre pasa, para que aquel encuentro con el cuadro se tradujera en estas páginas, ha debido intervenir un particular momento psicológico que me ha empujado a abrir una discontinuidad en mi recorrido anterior, a «abandonar» la dirección acostumbrada. Fue decisiva la exigencia de una

relación distinta con la verdad —el intento de acercarme a ella, aunque fuera de una forma necesariamente parcial—. Esto explica la opción del personaje de Jacob, en lucha primero en contra y luego por la verdad. No hablo de la Verdad, sino de la verdad personal, también esta, como aquella, en gran medida inalcanzable. Pero lo que importa, de esa inaccesibilidad, es la conciencia de que es necesario conseguir parte de esa verdad. No se lucha —por parte de Jacob como por cada uno de nosotros— para apoderarnos de una verdad inasequible, sino para aceptar su carácter de inasible, con el tormento o el momentáneo alivio que esto comporta. Sea cual fuere su motivación contingente, en definitiva luchamos siempre por nuestra verdad, para buscar, por lo menos por un instante, verla «cara a cara», como Jacob hace con el Adversario, antes de que se disipe de nuevo.

Mientras, entre una visita y otra a Saint-Sulpice, recogía ideas y materiales, filosóficos, literarios, artísticos, tendidos como una cuerda invisible entre el cuadro de Delacroix y todo lo que el texto bíblico evoca. De este trabajo, o mejor de esa experiencia, las páginas que siguen dan respuesta. Naturalmente, con las opciones personales que desde el inicio la han orientado. Por ejemplo, entre las principales pinturas de la Lucha —sin olvidar a Rembrandt—, aparte del fresco de Saint-Sulpice, los de Chagall y el de Gauguin, este último, aunque menos esplendoroso que el primero y menos innovador que los segundos, me pareció más relevante porque es el único que desplaza la atención del objeto, es decir, de la lucha y su paisaje a los espectadores que lo miran, o mejor lo imaginan, concediéndole una realidad objetiva que en sí no tiene. Exactamente como sucede en el cuadro, el libro traspasa los umbrales del episodio bíblico,

Prefacio

proyectándose a su exterior. Esta exteriorización del relato me ha permitido insertar, en las páginas que siguen, no solo autores de algún modo vinculados a la Lucha con el ángel o al menos a las historias de Jacob, como Mann, Bernanos, Sachs, sino también otros, externos al horizonte veterotestamentario, como Baudelaire, Heidegger, Rank, Girard, Jung, Schmitt.

Lo que he buscado en ellos, más que una referencia al horizonte bíblico o, en sentido amplio, teológico, ha sido el papel central, del todo imprescindible de la Lucha, en cuya representación transparente una violencia inevitable porque nace del interior del mismo sujeto que la sufre. Esa violencia no se calla o edulcora en un ecumenismo en boga. La violencia existe y es originaria. Esto enseñan, además de la Biblia, los grandes autores. Es la caída conjunta de los Dos en Baudelaire, el choque del hombre con la adversidad dominante en Heidegger, el deseo mimético en Girard. Encuentra en la elaboración de Schmitt y Jung un punto de condensación decisivo como la lucha que todos combatimos con nuestro hermano-enemigo y finalmente, o sobre todo, con una figura creada por nuestro inconsciente y expulsada fuera de nosotros. No importa cuántos de estos temas estén anticipados, o solo simbolizados, en los versículos del Génesis. De todos modos, de alguna manera se siguen de esto, porque están involucrados en la misma lógica binaria —uno, cada uno, está siempre superado, y desafiado, por el otro—. Aquellos autores y aquellos temas vuelven sobre los infinitos rostros del Adversario que la Lucha de Jacob exhibe en el origen de nuestra cultura. En este sentido son su resultado y su potenciamiento, la intensificación y la multiplicación.

Naturalmente, esta opción —desplazar un evento narrativo fuera de su contexto, en el espacio y en el tiempo, proyectándolo sobre nuestra experiencia— presupone una orientación subjetiva, en la que la opción personal prevalece sobre el análisis objetivo. Pero, actuando así, no he hecho nada más que seguir, acentuándola, una tendencia de largo recorrido de la misma exégesis bíblica. Tras una larga fase en que la Biblia parecía comunicar a todos la misma palabra de Dios, a partir de la Reforma el encuentro subjetivo con el texto empezó a convertirse en el único modo auténtico de relacionarse con ella. Retomando y radicalizando esta tendencia, he conferido a la lectura de aquel pasaje, tan enigmático e insondable, un significado aún más personal. Por lo demás, toda lectura, en el fondo, es una especie de reescritura de un texto tendencialmente infinito, precisamente porque se expone a una continuada reinterpretación. Si la Biblia, como hoy la leemos, es el resultado de intervenciones estratificadas en el tiempo y en el espacio por parte de diversos autores, no se ve por qué esta obra no pueda ser continuada de otro modo por los lectores, poniendo en relación biunívoca pasado y futuro. Así, si fragmentos míticos de origen bastante lejanos en el tiempo han sido insertados en contextos narrativos posteriores, algo parecido puede suceder ahora, enriqueciendo el abanico de las interpretaciones. Como enseña la estética de la recepción, se trata de desplazar el objetivo del mensaje del autor a sus efectos sobre la interpretación. Por supuesto, atravesando una infinita distancia semántica. Pero precisamente en este vacío el lector adquiere un papel decisivo construyendo él mismo un significado que, dentro de ciertos límites, puede prescindir de las interpretaciones del autor —o, en este caso, de los diferentes autores.

Prefacio

Paradójicamente, este predominio de la lectura sobre el mensaje del narrador, típico de la novela contemporánea, se hace inevitable en la literatura más antigua por la incertidumbre característica de la génesis y el significado. Esto vale mucho más para una obra de por sí reservada como la Biblia. Y aún más para un episodio magistralmente elíptico como el de la Lucha, en el que lo dicho no tiene mayor relieve que lo callado, y hasta parece emanar de ahí. Es este vórtice del sentido, esta laguna narrativa, lo que produce una dialéctica inquieta entre lectura y escritura. Incluso si, o quizá precisamente por qué, en este caso se trata de la Escritura. Cuanto más se aleja esta infinitamente de la experiencia de aquellos a los que hoy se dirige, tanto más los reclama a interactuar. En el caso de la Lucha, es su indeterminación —en cuanto a sus temas, a sus intenciones, al enigmático nudo que los vincula— la que impone la intervención del lector, en contraste con la aparente fijeza de la página escrita. Es un conflicto más que se superpone, redoblándolo, al de Jacob con el Otro. El texto —como la pared de Saint-Sulpice por Delacroix, que luchó hasta el final contra su intratable porosidad— deviene en cierto sentido el antagonista del lector. Su Adversario. Lo que a la vez lo encadena a las palabras escritas y lo desencadena en su descifrado. Que vincula, pero también libera su interpretación. Naturalmente, el lector no puede modificar el texto en cuanto tal, sino solo su lectura. Sin embargo, el texto puede modificar al lector —no solo su opción interpretativa, sino también su experiencia vital—. A esta última posibilidad se ha dirigido principalmente esta investigación.

1. EL ENIGMA

El texto bíblico que quizá ha influido más en la cultura filosófica, literaria y artística occidental está constituido por una decena de versículos del Génesis (32, 23-33):¹

Aquella misma noche se levantó, tomó a sus dos mujeres y a sus dos siervas con sus once hijos y atravesó el vado del Yaboc. Los tomó, pues, y les hizo pasar el torrente. Luego hizo pasar todo cuanto poseía. Jacob se quedó solo. Después, un hombre estuvo luchando con él hasta rayar el alba, pero viendo que no podía dominarlo, lo tocó en la articulación del muslo. Entonces la articulación del muslo de Jacob se dislocó mientras luchaba contra él. El otro le dijo: «Deja que me vaya, pues despunta el alba». Pero Jacob le contestó: «No te dejaré ir si no me bendices». Le preguntó: «¿Cuál es tu nombre?». Él respondió: «Jacob». Y él le dijo: «Ya no te llamarán más Jacob, sino Israel, pues has luchado con Dios como con hombres y has prevalecido». Jacob le preguntó: «Revélame ahora tu nombre». Contestó él: «¿Para qué preguntas por mi nombre?». Y lo bendijo allí mismo. Jacob dio a aquel lugar el nombre de Peniel, porque se dijo: «He visto a Dios cara

1 El texto empleado en la traducción corresponde a *La Biblia*, dirigida en su versión castellana por Serafín de Ausejo OFMCap, revisada y actualizada por Marciano Villanueva (Barcelona, Herder, 2003).

a cara, y no obstante ha quedado a salvo mi vida». Lucía ya el sol cuando atravesó Peniel. Jacob cojeaba del muslo. Por eso los israelitas no comen hoy el nervio ciático que se encuentra en la articulación del muslo, por haber sido tocado Jacob en esa articulación del muslo, en el nervio ciático.

Estos versículos cuentan la lucha nocturna del patriarca Jacob con un ser no identificado a la orilla del río Yaboc, durante su retorno a Canaán querido por Dios. Pero, dentro y más allá de un simple episodio, nos hablan de todas las luchas y hasta de la Lucha como forma inevitable de la vida humana. No solo, sino que interponiendo en la confrontación también lo divino, sobrepasan la dimensión del hombre y la amplían a un ámbito que no es posible delimitar. Entra en juego tanto el enfrentamiento con un adversario como la Adversidad misma de la que provenimos y que nos cubre con un envoltorio del que es imposible salir. Nunca, como en este caso, pese a la insalvable distancia que separa la tradición judeocristiana de la griega, se puede captar un rasgo que la relacione con la definición heraclítea del *polemós* como padre de todas las cosas. La lucha, entendida como forma de la existencia, relaciona la violencia humana con algo más originario que la frena, pero a la vez la revela en su carácter esencial. Tal revelación, sin embargo, en lugar de resolver el enigma del enfrentamiento, lo condensa poniéndolo en el centro mismo de este texto. «Misterio» lo define Agustín (*Sermo* 5, 5) con una interpretación metahistórica que contrapone Iglesia y Sinagoga (*De civ. Dei*, 16, 35). «Secreto» es el término que utiliza Elie Wiesel, considerándolo aún más incomprensible que el sacrificio fallido de

1. El enigma

Isaac. En aquel caso, «allí, por lo menos, creíamos entender, aunque solo fuera superficialmente, por qué los personajes actuaban como lo hacían y qué los llevaba a ello. Aquí todo permanece en la oscuridad. No entendemos ni al agresor ni al agredido, ni la situación que los reunió».² No obstante, desde siempre nos sentimos atraídos por un caso lejanísimo, que también sentimos que nos concierne de cerca: filósofos y poetas, rabinos y narradores, todos han intentado resolver el enigma de lo que ocurrió aquella noche a unos pocos pasos del río Yaboc.³ Lo que, en la encrucijada de todas las interpretaciones persiste desde hace tres milenios atrayendo miradas, pensamientos, imágenes, es el enigma de la tensión antinómica entre hombre y Dios, tierra y cielo, tiempo y eternidad. La única cosa cierta, en esos versículos, es la incertidumbre impenetrable de su composición y de su sentido. Nada es seguro en ellos —ni por quién, ni cuándo, ni para qué fueron escritos—. Es verdad que todo el texto veterotestamentario está recubierto de un manto difícil de levantar. Pero no todo en igual medida. En este caso, hay un efecto de reduplicación que añade a la indeterminación debida al tiempo y a la distancia un excedente de opacidad buscada por quien lo ha concebido: «Es importante —escribe Walter Brueggemann— que el relato no sea explícito. En la oscura descripción de la misteriosa figura quiere deliberadamente mantenernos en la oscuridad. Lo que crea gran parte de la potente sugestión de esta lucha nocturna es precisamente el hecho de que no conocemos el nombre

2 E. Wiesel, *Célébration biblique. Portraits et légendes*, París, Seuil, 1975, p. 98 (trad. cast.: *Celebración bíblica. Retratos y leyendas del Antiguo Testamento*, Barcelona, Muchnik, 1987).

3 *Ibid.*, p. 97.

y no vemos el rostro del antagonista».⁴ De aquí un vórtice semántico que arrolla todo régimen de sentido, un torbellino tan profundo que engulle todos los significados posibles, haciendo imposible adherirse a uno de ellos.

El primer interrogante que se plantea se refiere a la relación entre este episodio y el resto de la obra. Del Génesis y, más en particular, del ciclo de Jacob, que constituye su marco. Sin remitir a cuestiones de carácter filológico, sobre las que volveremos más adelante, relativas a la composición estratificada del texto bíblico y a sus diferentes autores, comencemos situando estos versículos en su contexto narrativo. Se trata del atormentado viaje de Jacob hacia la tierra prometida por Dios a Abrahán. Justo antes de emprender la travesía del río Yaboc, un pequeño afluente del Jordán, Jacob espera, con creciente inquietud, encontrarse con su hermano Esaú, a quien años atrás había engañado, robándole la primogenitura y luego la bendición paterna. No conoce su intención, más o menos belicosa, pero todo lleva a creer que Esaú quiere vengarse de la afrenta padecida. Enterado de que este se dirige hacia él, a la cabeza de un pequeño ejército, Jacob envía a su gente al otro lado del río y se dispone a alcanzarla, dudando sobre qué hacer —¿ganar tiempo o afrontar el peligro inminente? ¿Esperar una reconciliación o prepararse para el choque?—. La ansiedad crece junto con la incertidumbre. Es de noche, y está solo. O al menos cree estarlo. Hasta que, apenas despierto, se ve asaltado por alguien o algo que se le opone, enfrentándolo en una lucha sin cuartel. Ya era dramática la

4 W. Brueggemann, *Genesis*, Turín, Claudiana, 2008, p. 319 (ed. original: *Genesis*, Atlanta, John Knox Press, 1982).